

Prólogo

Las ilusiones perdidas en la tierra (perdida) de Transilvania

Con una alta dosis de ironía y con la melancolía propia de los que contemplan con lucidez el fin de una época y de los que embriagados de alegría y fiesta incesante la vieron escurrirse como brillantes y eternos granos de arena entre sus torpes dedos, el gran escritor, político y aristócrata húngaro Miklós Bánffy (Kolozsvár 1873 – Budapest 1950), notario o escriba de una clase decadente que se asomaba sin saberlo a su propio abismo, describirá a la aristocracia húngara entre la que había crecido con el solo fin, probablemente, de un día salvar su alma de la quema y dejar testimonio de ello: «Entre los miembros de la alta sociedad de Budapest, sólo unos pocos se dedicaban en cuerpo y alma a la política. Había otros asuntos más importantes, o al menos igual de importantes. Por ejemplo, la competición hípica, que era tan interesante y apasionante como la cacería otoñal. Para convocar el Parlamento, una reunión de partidos o al comité del casino, en verano había que tener en cuenta la caza de la perdiz, en septiembre la del ciervo, a principios de invierno la del faisán, y en primavera los días de carrera, para poder intercalar las asambleas entre estos acontecimientos. Cuando acababan las carreras de Budapest comenzaba la temporada de derbis en Viena, que atraía a mucha gente. Por tal razón, se descartaba esa época del año para organizar eventos importantes».

Aristócrata transilvano de rancio abolengo, aparte de político que llegó a detentar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores de su país

X PRÓLOGO

en la tormentosa época de entreguerras del pasado siglo, Miklós Bánffy fue sobre todo un magnífico y clarividente narrador que supo evadirse de los clichés nostálgicos y sentimentales, megalómanos y esnobs propios de su ciega y poco reflexiva clase, además de rehuir como político ecuánime y ponderado en sus pasiones toda tentación de victimismo y de explotación chovinista del patriotismo magiar, secularmente castigado. Representante de la Monarquía Austrohúngara dual en los tiempos en que se debatía ardientemente en el Parlamento de Budapest el lugar de Hungría en la *Kakania* musiliana de los estertores últimos de los Habsburgo, artesano de la reconciliación con los rumanos tras el fin de la segunda guerra mundial y el derrumbe del Imperio, Bánffy sería sobre todo el insustituible y agudo cronista de la decadencia de aquel matrimonio de razón y conveniencia, más que de amor, que había comenzado con el Compromiso de 1867, el *Ausgleich*, que dio paso a la creación de la doble Monarquía Austrohúngara. Es decir, que unió de forma frágil y con un sinfín de prejuicios y recelos mutuos a la bella y rebelde Budapest con la real e imponente Viena imperial, ambas en plena efervescencia y hambre finisecular de cultura, llenas sus calles de fachadas atrevidamente ornamentadas, frisos de la *belle époque* y elegantes damas sensuales deslizándose, ingravidas y deseables por sus aceras, por ininterrumpidos bailes en los casinos y palacios, o por sus distinguidos y vacuos salones de té. Claudio Magris cuenta en esa grandiosa y fascinante guía por la civilización danubiana que es su libro *El Danubio*, a propósito de ese matrimonio forzado y malhumorado que no se caracterizaba precisamente por la armonía, sino más bien por la permanente tensión entre sus orgullosos componentes, siempre al borde de una amenaza de divorcio, una significativa anécdota del famoso e influyente líder húngaro, el conde Károlyi: habiendo hecho levantar su bisabuelo una capilla votiva para agradecer a Dios la derrota sufrida por el ejército habsbúrguico en Königrätz, su madre, cuando debía dirigirse a Viena, cruzaba en carroza la ciudad con los ojos cerrados, para no verla...

Producto de una serie de injusticias acumuladas en su historia, el contorno de Hungría, actualmente con diez millones de habitantes, ha fluctuado de tal manera a lo largo del pasado siglo que en nuestros días tiene el récord de minorías *extramuros*, es decir, de húngaroparlantes fuera de sus fronteras. Tras el traumático Tratado de Trianon de

1920, que siguió a la primera guerra mundial, Hungría se vería privada de repente de dos terceras partes de su territorio: una de las pérdidas más representativas y dolorosas para el nacionalismo magiar, a la vez que la más extensa, fue la de Transilvania que pasaría a formar parte, como dramático botín de guerra, de Rumania. Se calcula que hoy cinco millones, aproximadamente, de húngaroparlantes viven fuera de Hungría, tres millones en países colindantes. Algunos de los escritores húngaros actuales que tienen más presencia en el exterior están en esta situación, como es el caso de Lajos Grendel, que pertenece a la minoría húngara de Eslovaquia, o de Ádám Bodor y Attila Bartis, transilvanos y, por tanto, rumanos.

Cuando se habla de Hungría, de la esplendorosa y culta Hungría, a los europeos occidentales, o a personas profanas en el brillante, atribulado y trágico pasado de Centroeuropa, hay que recordarles que el país ha ofrecido al mundo una de las culturas más inquietas, cosmopolitas y renovadoras del pasado siglo, agitación que se extendió a todas las capas del arte y el saber moderno: músicos como Béla Bartók; cineastas como Cukor, Korda, Michael Curtiz, Miklós Jancsó o István Szabó; pintores como Moholy-Nagy y Vasarely; fotógrafos como Robert Capa, André Kertész y Brassai; filósofos y sociólogos como György Lukács, Karl Mannheim, Ágnes Heller o Ferenc Fehér, o si se prefiere, la llamada Escuela de Budapest; psicoanalistas como Sándor Ferenczi, o historiadores como Arnold Hauser y François Fetjő, por no hablar de una inmensa nómina de poetas y novelistas. Verdaderos artesanos y forjadores de esa Europa cosmopolita y plurinacional que hoy vivimos como algo natural. No hay que olvidar que los más grandes escritores centroeuropeos, y en especial los políglotas húngaros, en sus viajes incesantes de un país a otro (como demuestran las *Memorias* del escritor húngaro Sándor Márai), en sus obligadas inmersiones en lenguas que no les eran propias, con una cultura omnívora y enormemente dilatada, construyeron la verdadera Europa sin fronteras, que sus privilegiados parientes occidentales —sobre todo tras el vergonzoso reparto en dos zonas de influencia sobrevenido al finalizar la segunda guerra mundial— jamás lograrían alcanzar de forma tan dinámica y enriquecedora. La que fue la ciudad más atrayente, bella e importante del Este europeo, junto a Praga, la Budapest danubiana, lo mismo que su eterna rival Viena tendría una particular «edad de

XII PRÓLOGO

oro», que iría desde 1867, época del Compromiso austrohúngaro, hasta la primera guerra mundial. Una extraordinaria conjunción histórica, cultural, estética y política, en paulatina decadencia en sus esencias morales y sociales, que el aristócrata y gran escritor que fue Miklós Bánffy reflejaría de forma apasionante y calidoscópica en su monumental *Trilogía transilvana*, de la que ahora se traduce a nuestro idioma la primera parte: *Los días contados*, aparecida por primera vez en su lengua original en 1934.

En la época en la que transcurre la novela, hacia 1900, que Bánffy supo reflejar en toda su fragmentaria y turbulenta diversidad, a la vez que combinaba como pocos lo Privado, es decir, el arte, en su caso, y lo Público, su dedicación a la política, algo que también unirían de forma inmortal otros insignes europeos como Stendhal, Montaigne, Goethe o Chateaubriand, surgiría una brillantísima generación de escritores, que creció con un esplendor paralelo al de su capital, Budapest. Una ciudad que competía celosamente, calle por calle, café por café, salón por salón, con igual intensidad en su vida cultural e intelectual, con su recelosa y siempre antagonista Viena. Autores como Gyula Krúdy, Ferenc Molnár, Mihály Babits, Endre Ady, Dezső Kosztolányi, Milán Füst, Ignotus, Frigyes Karinthy, Géza Csáth, Kálmán Mikszáth o Lajos Kassák, el principal animador de las vanguardias húngaras, así como el citado Bánffy, edifican y dan aliento a la vida rutilante de la que ha sido llamada muchas veces «la ciudad más bella del Danubio».

La gran literatura húngara no es la que exalta el esplendor de una Hungría heroica, sino la que denuncia amargamente «la miseria del destino húngaro», comentará Claudio Magris en *El Danubio*. Un *lied* de la región de la Baranya que contaba la derrota del rey y su muerte a manos de los turcos, dice que el monarca quedó cubierto por las moras silvestres. Era el año 1526, en Mohács. Desde entonces, la nación magiar se construyó «en permanente agonía», como dijo el novelista László Németh. Una pregunta se plantea, como un estribillo, desde hace quinientos años: «¿Seremos siempre derrotados?». El poeta Petőfi cabalgó hacia su muerte a sabiendas de que el enemigo extranjero sería menos cruel con él de lo que lo fueron sus egoístas compatriotas. También el gran poeta Endre Ady que murió joven de una mezcla de pulmonía, sífilis, alcoholismo, nicotina y *spleen*, cantó a la tétrica tierra magiar.

Un aire pesimista y fúnebre, de fatalidad, muerte y renuncia inevitable y anunciada, en sombrío contraste con el frenesí de un ambiente de loca, despreocupada e inagotable alegría, del que parecen no lograr desligarse ni hallar consuelo posible los jóvenes y románticos protagonistas de *Los días contados*, antihéroes cada uno a su manera, inmersos en una amalgama de ilusiones perdidas, amores frustrados, políticas indefendibles con sensatez, sueños de regeneración y modernización evaporados y carreras artísticas brutalmente cercenadas. Si a ello añadimos, como dirá el escritor británico, gran viajero y experto conocedor de los avatares históricos centroeuropeos, Patrick Leigh Fermor,* el sentimiento profundo de traición, saqueo histórico y decepción que llevarían inscrito ya para siempre los nobles transilvanos, el drama de esta tierra, tan estremecedora, exquisita y certeramente descrita por Miklós Bánffy, no cesaría por la imposibilidad de reponerse al hurto de su pasado magiar. Los antiguos terratenientes húngaros, como dirá Leigh Fermor, se sentían olvidados y maltratados por la Historia. No es del gusto de nadie tener que aceptar una nacionalidad distinta después de siglos de pertenencia y arraigo a un lugar, y mucho menos, claro, perder tierras por medio de la expropiación. Esto es exactamente lo que les sucedió a los viejos propietarios feudales y a los descendientes de aquellas familias nobles transilvanas cuyos orígenes se remontaban al siglo XIII, como es el caso de la familia Bánffy, y como es de suponer les sucedería tan sólo unos años más tarde a la mayoría de los ciegos e irreflexivos protagonistas de la novela *Los días contados*. Todas esas familias, los Abády, los Kollonich, los Szent-Györgyi, «quintaesencia de la sociedad finesecular, mundanos modélicos», con sus castillos a los pies de los Cárpatos y sus palacios junto al Castillo de Buda, o esos voraces arribistas de provincias como la ambiciosa y déspota duquesa Ágnes Kollonich, por no hablar de los parientes pobres y menospreciados, como el joven y orgulloso compositor László Gyeróffy, siempre viviendo de prestado, todos ellos consumirían sus últimos días, diez años antes del derrumbe del Imperio dual que ya sólo parecía sostener el carisma lejano de un venerado y anciano emperador Francisco José, como si se tratara de un eterno baile, un frívolo

* En su prefacio a la edición inglesa de esta novela (*They Were Counted*, Arcadia), traducida por la hija del autor, Katalin Bánffy-Jelen, en colaboración con Patrick Thursfield.

XIV PRÓLOGO

garden party de temporada, un fastuoso banquete o fiesta de carnaval, en la que el personaje más reclamado y envidiado socialmente era «el primer bailarín». Una danza mortal y autodestructiva que, en el otro lado, en el Parlamento, del que eran miembros muchos de estos nobles, albergaba políticos tan sólo ocupados y alimentados a diario con la embriaguez y parálisis cotidiana «de eslóganes chovinistas, de la palabrería del odio». Unos oradores que como consignará lacónicamente Bánffy en su novela «competían en patriotismo» y en consignas exaltadas, sumergidos todos ellos en sus habituales luchas acaloradas y beligerantes contra las maniobras e intentos de sometimiento siempre sutilmente disfrazados por parte de Viena, sin percibir ninguno de ellos ni por un solo momento los aires de tormenta que amenazaban y se extendían ya, poco a poco, por toda Europa.

Un derrumbe anunciado en una potencia de tamaño y fisonomía gigantesca: la Monarquía habsbúrguica o *patchwork* de naciones y nacionalidades, que desapareció como tal del mapa y fue borrada de un plumazo, algo que nunca había sucedido en suelo europeo, como dirá el historiador húngaro François Fetjö, en su gran clásico *Réquiem por un Imperio difunto (Historia de la destrucción de Austria-Hungría)*: «Si exceptuamos a Polonia, tres veces repartida, nunca se había borrado del mapa de Europa un Estado, sobre todo cuando se trataba de un Estado considerado, algunos años atrás, como una gran potencia política y militar (...) Un hecho nuevo en la Historia, de repercusiones desastrosas». Las fatales repercusiones no tardarían en llegar y hacerse patentes tras la victoria aplastante de 1918 y los tratados de paz que de allí surgieron. Unos tratados o sanciones humillantes y cancerosas que pondrían las piedras necesarias o engendrarían directamente el monstruoso neoimperialismo de una Alemania diabólica, guiada por Hitler, además del expansionismo posterior de la Unión Soviética, que pasó a «hacerse cargo» impunemente, gracias a su contribución a la victoria frente a Hitler, de la casi totalidad de la Europa Central.

Versátil creador que experimentó con un gran número de géneros literarios, además de haber sido un notable artista, con apreciadas obras en el campo del arte gráfico y la pintura, la de Miklós Bánffy sería una vida singularmente fecunda y rebosante de acontecimientos. Una vida en la que pudo desarrollar ampliamente tanto la inquieta efervescencia de su talento y sus dotes naturales, como sus ideas de progreso y

reformas al servicio de la comunidad, así como la puesta en práctica de todas sus pasiones e intereses, entre los que destacaban la historia magiar, la literatura, la política y el profundo y entusiasta amor que siempre sintió por el paisaje de su tierra natal. Una carrera literaria que comenzaría con la publicación de un primer drama de género mítico, *Leyenda del sol* (1906), muy admirado por el gran poeta húngaro Endre Ady y publicada con el seudónimo de Miklós Kisbán. La siguiente obra de teatro, *El Gran Señor* (1913), tendría como personaje histórico a Atila, rey de los Hunos. A ella seguiría una afilada comedia satírica, *Mascarada* (1926). En el campo de la narración, Bánffy publicaría dos recopilaciones de cuentos, que tendrían como evocación dramática las montañas boscosas de Transilvania: *El león moribundo* (1914) y *Lobos* (1942). La primera parte de su fascinante y agitada vida la narraría en unas memorias (*Emlékeimből*) publicadas en 1932; la segunda (*Huszonöt Ev*) en 1945. Sin embargo será gracias a sus novelas por las que será conocido y recordado. En 1927 publicó *Desde la mañana hasta la noche*, que girará en torno a la historia de dos hermanas, y en los años 30 comienza la redacción de su obra magna: la gran y monumental *Trilogía transilvana*, que será muy bien recibida por lectores y crítica. Una obra o compendio, desde el lado de la ficción, de lo que había sido su accidentada y colmada existencia, en la que aplicaba igual maestría y detallismo al tratamiento histórico y político, a la minuciosa descripción de ambientes, paisajes, arquitectura, decoración y vestimentas, así como a la penetración y agudeza psicológica, paralela en calidad literaria a la de grandes maestros vieneses de su tiempo como Stefan Zweig y Arthur Schnitzler, o el galitziano Joseph Roth. Un formidable universo que inmortalizaría para la posteridad, en su enorme diversidad, con un espléndido brío narrativo y con una sugestiva y cautivadora intensidad romántica, tanto en la descripción de cada una de las historias de amor desarrolladas en la trama, como en la plasmación de un atractivo e inmenso catálogo de caracteres.

Relato o crónica desde la ficción de la decadencia de la aristocracia transilvana y húngara, de los errores de la clase política que condujeron directamente al Tratado de Trianon y la consecuente pérdida de Transilvania, esta trilogía sería relacionada repetidas veces con *El Gatopardo* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, con la saga novelesca de

XVI PRÓLOGO

Proust y con *La marcha Radetzky* de Joseph Roth. Castillos de la nobleza transilvana como el de Dénestornya, propiedad de la familia del joven protagonista Bálint Abády, tendrían su correspondiente más inmediato en la siciliana Donnafugata del Príncipe de Salina, inmortalizada por el cine. En la primera parte de la trilogía, *Los días contados*, que ahora llega al lector español, se nos narra en paralelo la historia, entre 1904 y 1914, de dos jóvenes primos aristócratas transilvanos: el conde Bálint Abády, personaje principal de la trama, y el conde László Gyeróffy, huérfano tras una tragedia y un escabroso escándalo familiar, que ha vivido siempre en casas de tíos y otros parientes. El conde Abády ha regresado al castillo familiar de Transilvania, tras unos años transcurridos en el servicio diplomático. Inmediatamente inicia una carrera política en el agitado y casi ingobernable Parlamento de Budapest, sacudido por agrias e incesantes luchas internas, agravadas además por la dificultad de gobernar regiones con una población étnica mixta, que aceptan a duras penas la imposición del húngaro. Hay que tener en cuenta que la situación de las minorías étnicas en Hungría —un tema recurrente en la novela de Bánffy— causaba numerosas tensiones en la época, porque, entre otras cosas, entre 1900 y 1910 el cincuenta por ciento de la población del Reino Húngaro no era húngaroparlante. El Compromiso austrohúngaro aseguraba los mismos derechos para todos los ciudadanos de Hungría y autonomía cultural, pero no territorial, para los alemanes, eslovacos, rumanos, serbios y otras minorías. La lengua oficial, sin embargo, era exclusivamente el húngaro, y en las escuelas, aunque a ellas acudieran únicamente hijos de campesinos rumanos, como era el caso de Transilvania, era obligatorio aprender la lengua, literatura e historia húngaras. Personajes corales y reguero palpitante y humano que aparece con denominación colectiva propia de «minoría» —a menudo tratada de forma despectiva, como es el caso de los rumanos, o como simple telón de fondo para amenizar fiestas, como esas orquestas de gitanos que proporcionaban música y color a las juergas y bailes de señoritos— todos ellos formarían una amalgama múltiple de «proveedores» imperiales y feudales en el gigante austrohúngaro, magníficamente descritos por Joseph Roth en *La cripta de los capuchinos*: «Los gitanos de la gran llanura húngara, los Huzulen de Subcarpatia, los cocheros judíos de Galitzia, mis propios parientes, los castañeros eslovacos de Si-

polje, los plantadores de tabaco suavos de Bacska, los criadores de caballos de la estepa, la Sibersna osmana, la gente de Bosnia y Herzegovina, los comerciantes de caballos de Hanakei, en Moravia, los tejedores de Erzgebirge, y los molineros y comerciantes de coral de Podolia; todos éstos eran los generosos proveedores de Austria, y cuanto más pobres, más generosos».

Aún soltero, Abády se reencuentra con una amiga del pasado, la inteligente, enigmática y bella Adrienne Milóth, amargamente unida en un matrimonio sin amor a un violento y desequilibrado noble transilvano, Pál Uzdy, que la utiliza a su antojo y brutalmente, en su calidad de señor absoluto, y a la manera de una posesión o finca más de las muchas de su patrimonio. La antigua y cómplice amistad de Bálint y Adrienne poco a poco se convierte en un ardiente amor del que ambos advierten con terror las consecuencias desastrosas que puede acarrear a sus vidas, vigiladas de cerca tanto por sus familiares como por el edificio hipócrita de las apariencias de las que son todos mitad reos y mitad jueces.

Por otro lado, László Gyerőffy, es el otro personaje protagonista, en este caso desagarradoramente trágico, tan propio del romanticismo finisecular, a mitad de camino entre el Lucien Chardon de *Las ilusiones perdidas* de Balzac y el desgraciado destino de «un fanatismo artístico» abocado al fracaso, como lo llamaba Stefan Zweig, en el que caían tantos jóvenes de la época. Jóvenes inseguros, siempre abocados cruelmente a alguna forma de marginalidad en los límites de su clase, en los que la fortaleza muy pronto se veía socavada por las tentaciones mundanas, por las fáciles evasiones y por una esclavitud de casta que les mantenía atados a fatuos objetivos de forma suicida y que les obligaba a representar una única y engañosa forma de identidad en sus vidas o en el frágil edificio de las apariencias: el éxito social y económico.

Un sentimiento predomina en la novela, el honor, el honor defendido en duelos, el honor robado a mujeres enamoradas y generosas, o la más grave y fatal violación de todas, el deshonor cometido hacia su casta —como le reprochará a menudo el sensato Bálint a su primo László—: ese olvido de sí mismo y de sus orígenes que es una tarea de cada día, incompatible con la «huida». Esa tarea «propia de los suyos» a lo largo de los siglos, que defenderá ardientemente Bálint ante su

XVIII PRÓLOGO

primo disoluto y nihilista: «¡No debes irte! ¡No debes! (...) ¿Qué ibas a ser tú fuera de Transilvania? ¡No un nombre, sino un número, un don nadie! Aunque seas artista, el arte tiene valor si crece en la tierra patria, si no, es sólo un papel. Y no debes despilfarrar tu fortuna porque no la has ganado tú, sino que la has heredado. ¡Tener fortuna conlleva obligaciones! ¡Obligaciones por el bien de los demás! (...) Tu origen te obliga, sí, ¡te obliga! (...) La nobleza húngara ha gobernado y servido durante siglos y siglos. Ha servido a su pueblo, a su condado, a su iglesia y a su país. Ha servido gratuitamente, honoris causa».

Un deber o «ejercicio de una determinada capacidad durante generaciones» que también, como bien saben y conocen Bálint y Adrienne, tiene que ver mucho con el desarrollo posible o imposible de un amor prohibido. Al final de la novela los jóvenes enamorados son conscientes de que se enfrentan a la Vida o a la Muerte, al olvido y disolución de los dos como pareja o a la rutina obscena y peligrosa de vivir clandestinamente. Hay un precio único, obligado, insalvable que tendrán que pagar si quieren seguir permaneciendo juntos para siempre, de alguna manera y en algún lugar, ya sea en ese recuerdo que nadie les puede robar, en el más recóndito interior de cada uno de ellos, o en algún cielo probable o improbable que por fin los logre reunir y cubrir «como un sudario». Así lo sentirán ambos amantes al final de la novela: «Todo era de color ceniza. Tenían la sensación de que no existía nada fuera de ellos. Ni arriba ni abajo; ni voces ni colores, ni tiempo, ni pasado ni futuro. Flotaban sin cuerpo a través del vacío infinito, abrazados y atravesados por el mismo puñal, como los enamorados de Dante. Era el nirvana donde desaparecía todo, y donde el Todo se mezclaba con la Nada».

MERCEDES MONMANY